

presentando su papel en esa comedia moral. Y el loco, señalando para los molinos, gritaba:

—¡He ahí mis caballeros!

Y señalando los árboles:

—¡He ahí sus damas!

Y mostrando el camino:

—Está enarenado de oro.

El poeta sacó de su alforja un trozo de pan y de carne, restos de su comida y se los presentó á su compañero quien los asió con avidez. Comía como un glotón. Su risa cedía al ruido de sus quijadas. Shakespeare sintió una gran lástima ante esa hambre más fuerte que la ilusión. El rey, saciada su hambre, se espresó tranquilamente, con tono razonable y discreto, tono que se acordaba á maravilla con la llovizna y el terreno fangoso:

—Apenas llegue á mis Estados declaro la guerra á vuestros enemigos y os nombro mi primer ministro. Os ocuparéis del alimento del pueblo. Es muy necesario que el pueblo coma b'en. Velaréis también en que se le dé, discrecionalmente, buena cerveza. Quiero reinar sobre súbditos gordos y lucientes.

—¿Coceré pan todos los días?

—¡Ya lo creo! de otro modo se encoge y endurece como un guijarro. Durante el sitio de Leyde acabamos por devorar la tierra y los gusanos que allí había. Yo llamaba á esto, el desquite de los muertos.

—¿Cuánto tiempo duró el sitio?

—131 días. Críamos que no iba á acabar nunca.

—¿Vos mismo mandábais vuestras tropas?

—No, compañero; si yo era zapatero. El zapaterito de la calle más cercana á la iglesia, á la izquierda.

—¿Sois zapatero?

—¿Quién ha dicho eso? Son mis adversarios que tratan de engañaros. Se valen de astucias infernales. Empezaron por esconderme el catro. Lo busqué durante ocho días. Estaba en un montón de estiércel. Y á vos, qué os han hecho?

—Me han sacado de Inglaterra y desembarcado en Holan-

da. No conozco este país. Nunca sé si estoy en el buen camino.

—Sí, sí, vais á Leyde. Es una ciudad. Estoy seguro. Pero en fin, ¿por qué me haceis esas preguntas? ¿Acaso seriais también un traidor? ¡Os habrían enviado junto á mí, para espiarme, y conducirme á una alevosía, como al Taciturno!

El viejo se había detenido. Parecía ahogado de opresiones y su voz se había hecho dura y frenética. De pronto, dió su atrás relincho y saltó ágilmente. En seguida vociferó:

—¡Maldito! ¡maldito! Te mandaré ahorcar y pulverizar. Te haré romper los huesos uno por uno. Y arrancar la lengua. Mandaré desmadejar tus intestinos y será un collar para mi reina. ¡Hi, hi, hi!

Shakespeare, á la luz de un relámpago masivo, le distinguió, ya lejos, saltando y haciendo muecas, semejante á su primera aparición. En seguida corrió y se oyeron sus pasos en el lodo. El poeta quedó solo, turbado ante un problema mucho más tenebroso que la noche:

—Mientras me prestaba á su locura comprendía qué débiles barreras me separaban de la sinceridad. Mi voz tenía un acento nuevo y hubiera ordenado gestos desordenados. Un inmenso orgullo relacionaba á mi ser se poderoso tumulto de la naturaleza.

¿Pero quién en el espacio de un segundo, no ha creído en su propia monarquía? En este mismo momento, me figuro, sin confesármelo, que el azar cosecha para mi imaginación una materia viva y maleable á fin de que se la trabaje artísticamente. Me complazco en suponer que la tempestad estallaba á propósito para tender mi espíritu hacia bellezas terríficas y que ese pobre diablo con su risa dislocada no ha tenido más que un fin: engrosar mi cerebro. El orgullo y el dolor se otorgan sucesivamente el poder. El que sufre demasiado será rey, y quien reina sufrirá más que otros. Las sensaciones nos asaltan por todas partes, agudas, insoportables, transformadas en seguida en ideas, en vapores, en carne hueca. Yo tenía una hambre, un sonido, un perfume, una envidia, y me quedan en la mano algunas frías etiquetas, polvo lógico, la ilusión de la vida. Entonce grito que me han despojado, que quiero mi sueño, y sospecho,

me espanto y huyo sin mirar detrás de mí. El orgullo ha domado el dolor y ordena desde hoy mi mufeco. ¡Qué bien lee uno sus deseos á la luz del rayo!

Shakespeare durmió en una cabafia abandonada que un relámpago le designó. A la siguiente mañana llegó de buen humor á Leyde.

La mañana alegre y vestida de rosa. La crisis de la tempestad desliga la naturaleza. El encuentro con el loco había sido para el joven un acrecentamiento de sensibilidad, porque se asimilaba en seguida todo episodio. La piedra de molino infatigable de su imaginación así lo real, lo deformaba con ayuda de metáforas y pulverizaba estas últimas, derramándolas sobre toda la fecunda superficie pensadora. Era una germinación súbita de pensamientos. Lo que la reflexión de un hombre tarda en empollar durante toda una vida, él lo sentía en un segundo. El menor objeto suscitaba en él el despertar de muchas series de ideas ramificadas pronto en todas direcciones. Este poder creador iba acompañado de sacudidas y temblores, tan fulgurante como el valor y tan apasionado como un vicio. He aquí lo que él se decía franqueando el umbral de la ciudad de Leyde, mientras en torno suyo los holandeses se agitaban como hormigas:

—He pasado esta noche por uno de esos momentos que fijan la persona y el carácter. La lluvia, la tempestad, la carrera y no sé qué vuelta misteriosa de los veinte años, me habían hecho apto á toda impresión. El lenguaje, el aspecto y la exhalación mórbida de ese loco, golpeaban en el fondo de mi ser, las plases sonoras cuyos ecos no se extinguirán. Yo sufría ese estado de vaga voluptuosidad que es como la espera de un sentimiento nuevo y que se tiene en los sueños oscuros, en las angustias supremas de los celos, en el corazón abrasado de remordimientos. ¡Oh regio vértigo! ¡extraña embriaguez! Es la opresión continua del deseo. El deseo, sol que calienta é ilumina las regiones más secretas de Shakespeare. Un poco antes de su adormecimiento, es un éxtasis comprensivo. Nada escapa á mi metempsicosis. Soy el árbol y el fruto, el perro y el caballo, el príncipe y el bufón. Hace un momento era ese loco,

porque deseaba serlo. La ráfaga del deseo era más fuerte que la tempestad. Los demonios saltaban dentro de mí mezclándose entre furiosos bailes. Si salieran al mundo, el mundo se perdería.

Se halló en una plaza plantada de árboles, rodeada de grandes y bellos monumentos. Había uno negro, otro blanco semejante á una iglesia y dos más pequeños, de un color gris. La abigarrada multitud del pueblo parecía esperar algo. Las tocas de oro, los cascos y los sombreros de pluma, los jubones verdes, amarillos y rojos y los trajes de terciopelo obscuro, las espadas y las brillantes coronas formaban como un tapiz de ornamentos móviles. Las altas moradas, escaleras y torres coronadas, proyectaban sus sombras sobre la plaza y en esas sombras estaban los ciudadanos, numerosos, apretados unos contra otros, y con todos los ojos dirigidos al mismo punto. Shakespeare preguntó á un joven cuyos hombros le entraban en el pecho. Tenía una cara aguda y delgada, un corto bigote afilado, un gran pliegue en medio de la frente. Cuando respondió fué irónicamente y plegando los labios:

— Esperamos la salida de los vendedores de paños. Cuando cesa el azote de la guerra, comienza el azote del hastío.

La ignorancia en que estaba Shakespeare de los acontecimientos contemporáneos, le sumergió en el éxtasis.

— ¡Cómo, señor! hace muchos días que estais en Holanda y mis bravos hermanos, gloriosos compatriotas, no os han hablado de sus cortas peleas con los españoles? Es imperdonable. Porque somos parlanchinos. Todo el mundo llamaba á ese pobre Guillermo; Dios le haya perdonado! el Taciturno porque no pronunciaba más que cien palabras por minuto. Sabed, pues, que esta ciudad ha sufrido, hace diez años, un sitio memorable, acompañado de un hambre igualmente memorable, y según yo necesaria, porque el pueblo parecía de gordo. No podríais creer que esos buyes se hayan batido como leones. Pero cuando Guillermo de Orange, después de romper los diques, entró con provisiones en la ciudad, hubo, según parece, el más bello momento de entusiasmo que registran nuestros anales. Victoriosos hoy, caemos en nuestra apatía natural, y mirad con qué se

satisface la curiosidad pública: una salida de comerciantes. Hoy es la fiesta de los vendedores de paño. Hasta la noche habrá comilonas y jergos. Veremos tantos morros brillantes y papadas como morcillas, que me pregunto como el diablo encargado de castigar la gula podrá reposar el domingo.

Shakespeare estaba sorprendido de la cara burlona de su interlocutor. Este lo notó:

— Os asombró. Es que soy un producto nuevo. Las generaciones van aprisa cuando se tuesta á los abuelos y se despelleja vivos á los papás. Yo soy estudiante de la buena Universidad de Leyde. Hace veinte años no hubierais hallado uno igual á mí en todos los Países Bajos. Cuando la ciudad sacudió el yugo español, Guillermo de Orange le dió, á fin de atestiguarle su contento por tanta bravura la elección entre la abolición de los impuestos y una Universidad. ¿Por qué sortilegio esas gentes excelentes, pero bestias prefirieron la Universidad? Lo ignora. Debieron figurarse que era una causa desconocida. Lo cierto es que yo soy un hijo de ese error. Mis compañeros y yo llevamos aquí una vida gozosa y sabia. No nos dejamos vencer en gula, en orgías, en lógica y en filosofía, ni por los franceses, ni por nosotros los ingleses; ni por los alemanes. . . Ni siquiera por los suecos. . . Pero, atención; comienza el espectáculo.

La puerta de la casa más sombría se abrió de par en par con un rechinar melódico, y en medio de las aclamaciones populares, descendieron los éfidos de los vendedores de paños las gradas de la escalera. Solemnes y vestidos de negro desde las puntas de los zapatos hasta los fieltros de anchas alas, llevaban alrededor del cuello valonas de encaje de una blancura de nieve. Su gravedad convenía á la fuerza *burguesa*. Daban la idea de una riqueza sólida, apoyada sobre la economía y el trabajo y de naturalezas ardientes mantenidas por leyes. Una ola de sol, que quería verles gloriosos, se rompió contra sus trajes pero iluminó sus varoniles y tranquilas caras. El que iba á la cabeza, y que llevaba, como un misal, un gran libro de cuentas, tenía una cabeza semejante á la de un gato, un fino bigote de un rubio oscuro, y ojos claros; de modo que la luz bañaba sus facciones con un esplendor rojo. La huesosa

fisonomía del segundo parecía salpicada de oro, como [los rizos de sus cabellos amplios y rizados. El resto del cortejo permanecía en la penumbra; pero bien pronto comenzó á pasar por la zona iluminada. Cada cual la atravesó, uno á uno, con paso igual y seguro, llegando hasta el espíritu de Shakespeare en actitudes brillantes. Entre tanto, bajo el pórtico oscuro se apiñaba la cohorte de los vendedores de paño en una confusión en relieve; y un grueso clamor se elevó cuando vieron flotar su bandera. El pífano arrojó sus notas estridentes. La multitud se abrió en dos alas y los niños alzados en brazos, admiraron el peder comercial. Algunos reconocían á sus padres y las mujeres designaban á sus maridos; pero nada alteraba las serias figuras del cortejo—cinta negra corriendo á través de los colores chillones.

— ¡Verdad que parece un entierro?—murmuró el celoso estudiante.— ¡Tanta cosa para cortadores de vicuña!

— ¡Pero es hermoso!—replicó Shakespeare.

Había comprendido la ciudad. Sólo idos intereses en la base y contratos que aseguran las conciencias. Oficios honrados celebrados por medio de fiestas, el sentimiento profesional, tradiciones solidarias y el respeto del derecho. Así como lo indicaba el sol, esos hombres, esos síndicos, hechos *burgueses* de nuevo, habían tenido su fase heroica y en las horas temibles sus caras sabían resplandecer. En esos muros, todavía humeantes, la fe había atecado á la razón, y pensara lo que pensara el viejo John, había sido vencida. Semejante raza es indestructible.

El estudiante se llevó al poeta á una mala posada y continuó en ella su charla.

— Lo más interesante del mundo, señor, son los años que siguen á las catástrofes. Yo era joven, y sin embargo, he saboreado la vida como un licor raro. Se cuentan los muertos. Examinad á esas gentes que pasan y vuelven á pasar. Algunos tienen caras tristes y como arrasadas. Son los incensolubles. Han sufrido choques demasiado rudos. Cuando uno pierde sus hijos, vuelve á tenerlos. Cuando uno pierde su fortuna, la reconstituye. Cuando uno pierde á la vez hijos y

fortuna, sucede á veces que dá en un aburrimiento profundo. Si os acercáis á éste, os rechazaría con tono adusto, se os apartaría con un suspiro profundo. Es un misántropo. Este otro, cuando llega la noche, tiritaba de miedo y cree oír descargas de mosquetería. La campana es el toque de rebato. Las iluminaciones de las fiestas le representan incensarios. Aquel otro, se ha vuelto loco. Es el duque de Alba y quiere exterminar á sus conciudadanos. Es Guillermo el Taciturno y lleva en sus manos la suerte de su país. Tenemos al que teme á los Jesuitas y los busca en los armarios y bajo la cama; tenemos á aquel á quien el hambre ha sumergido en un egoísmo espantoso y hecho avaro hasta dejar morir casi de hambre á sus hijos, renovando para ellos la siniestra época. Tenemos el que se encierra y no quiere ya salir, el que teme pasar por tal calle donde el olor de un cadáver ha subido con fuerza á su garganta....

¿--De modo que los temperamentos han cambiado por completo y se puede ver la metamorfosis de los caracteres?

—Precisamente. A las horas de comer, en familia, ninguno se conoce. El tímido se ha hecho arrogante y el gozoso melancólico. El comerciante recita baladas. El pintor se ha puesto á vender lanas. Es un cambio general. Pero habeis visto hace poco esa asamblea entusiasta sobre la gran plaza, ante el ayuntamiento. Era la masa imponente de los consolados.... ¿qué estoy diciendo? de los exasperados. Al salir de esas angustias experimenté como un delirio de vivir. Las jóvenes más castas caían en brazos de cualquiera.... No se veían, señor, más que mujeres en cinta. El frenesí de instruirse, y he ahí la Universidad. El frenesí de gozar y os asombrareis de tantos banquetes, tantas *kermesses*, tantos viues y tanta carne asada. Yo tengo hoy 21 años. Tenía 11 en la época del sitio. Y me ha quedado una necesidad irresistible de libertarme de imágenes ediosas y sangrientas.

Corro, bailo, salto con mis compañeros. Organizamos partidas de placer que duran cinco y seis días y de las que volvemos fatigados. Algunos arrastrados en un torbellino velicoso hacen Mandigos y van á combatir á Flandes. Y sin embargo, bajo ese volcán hay una rajadura.

Nuestras caras tienen un pliegue amargo que no tenían nuestros antecesores. Dudamos de muchas más cosas. Ciertas cuestiones nacionales ó religiosas que los trasportaban nos dejan indiferentes, y gozamos de un escepticismo burlón que desconocían por completo. Eso estalla sobre todo frente á frente de nuestros viejos profesores. Algunos parecen hablarnos una lengua extranjera, atiborrada de preocupaciones que nos ofuscan, ¿Os lo confesaré, señor:

Y el estudiante tomó un aire contrito:

—No tengo religión alguna y somos muchos en el mismo caso.

—Yo soy á la vez cristiano y panteísta afirmó Shakespeare

—¡Ah! tanto mejor. Os creía, por extranjero, afligido de alguna creencia absoluta. Amamos la Reforma por contradicción. Si los españoles no nos hubieren escitado con sus piras y sus amenazas, seríamos protestantes muy tibios. Esto ó lo otro; la transubstanciación ó la gracia, la presencia real ó virtual; yo me burlo de eso como de todo. ¿Habeis oído hablar de los anabaptistas?

—No.

—Es raro. ¿Nadie os ha dicho nada?

—Os diré confidencialmente que los detalles precisos no me interesan, á no ser que hayan pasado por un espíritu como el vuestro, en cuyo caso es este espíritu el que me apasiona más que cualquier fenómeno transitorio y que podría suponer distinto.

—¡Bravo! Nadamos en plena escolástica. ¿Pero entonces por qué viajáis?

—Por causa de la variedad de las atmósferas humanas; para poner vida en mis ideas.

Ante ellos pasó por la calle una mujer de una belleza singular. Su perfil era regular y burlón, su tez mate, su oreja inclinada y delicadísima. Llevaba puesto un corpiño deslumbrante de pedrerías cuyos destellos incendiaban un montón de encajes. El poeta, al verla, transportó al poeta, verdiéndole fuerzas. Y prosiguió con ardor:

—Puesto que sois estudiantes, leéis á Plutarco. Es mi bre-

viario. También ame esas viejas leyendas, cargadas de crímenes y de mágias, y que han atravesado las edades con el perfume de las almas sencillas. Nos cuentan los dramas esenciales, comprendido bien, camarada; los que necesariamente debían tener lugar desde el día en que existieron la familia, la ciudad y las leyes; los dramas que son como la primera reacción de los sentidos del hombre recientemente criado frente á frente del mar, de la selva, de los animales y de la soledad. Hoy nuestras costumbres y las de los antepasados han ahogado en nosotros esas impresiones violentas y la mayor parte de esos humores trágicos, porque lo que forma la tragedia no es tanto un gran clamor y una puñalada, como una atmósfera de angustia y sorpresa que descolora las caras y hace temblar las piernas al nivel del tobillo.

Cuando un padre rico tenga muchas hijas, la una será pobre y despreciada y siempre un niño soportará los rigores del destino. Porque los Laros son dioses injustos. Cuando un hombre nazca marcado para una suerte implacable, se le revelará el porvenir por el pliegue de la edad adulta y no podrá escapársele. Es necesario que los reyes sean destronados, y con la ayuda omnipotente de las hadas vuellos á poner en posesión de sus reinos, y es preciso que reinas encerradas en almeas feroces sean salvadas por señores de noble andar y de espada siempre incandescente. ¡Concebís que un caballero, de viaje, no tenga la idea de probar la fidelidad de su mujer y que un servidor no traicione, mientras otro, lleno de celo y de amor, destruya las combinaciones del malvado? Y al lado de todas esas leyendas cuya formación es tan regular como la de la escarcha sobre los vidrios ó la del arroyo en el barranco, hoy nuestra leyenda que se constituye por el curso de nuestro destino y á la cual cada minuto añade una arruga ó una sonrisa. Somos, querido amigo, los perpétuos artistas de nosotros mismos. Eso es lo que nos enseñan en la Universidad. Y la belleza resulta de la superficción de esos dos órdenes de leyendas. Por eso viajo.

—Entonces ¿queréis escribir dramas ó memorias á la manera de los antiguos?

—Tal es mi ambición, pero deseo primero abran en mí una especie de reino del cual yo sea el soberano absoluto y deseo que

ese reino sea resplandeciente como el corpiño de la admirable criatura que ha pasado ante nosotros hace un momento ó como las caras meditativas de esos vendedores de paffo. La cuestión más seria, amigo, no es como vos la decís, la gracia, el calvinismo ó el luteranismo, la lucha de España y los Países Bajos; y por eso comprenderéis que descuide esos accidentes. La cuestión más seria es el reparto de la luz. Dentro de nosotros ó fuera de nosotros, ¿qué imperta? La muerte del Taciturno es un acontecimiento aclarado, y todas las caras inclinadas sobre ese cadáver tienen un carácter, un relieve. Y eso es lo que me agrada, por encima de todo. Hablando así, me coloco en plena luz. Como conozco mal vuestra raza y no conozco vuestra familia, quedáis para mí en la penumbra. El gran dramaturgo es el sol. Comprendéis ahora mi desden respecto de tal episodio particular, de tal etiqueta que un soplo de viento barrerá, de tal denominación cuyas letras van a borrarse. Toleradme, como un orfebre que en el polvo escoje puntas de diamante.

La fisonomía del estudiante, durante este este discurso no daba más que gestos expresivos y no reía ya burlonamente. Suspiro:

—¡Qué desgracia que no vivaís en nuestra ciudad! Sería un vivo placer el discutir con vos. La historia, cierto, no es más que una cadena de acontecimientos. Os hablaba de los anabaptistas. En vez de pintároslos, me contentaré con indicaros que son el último término de la religión disidente.

—Atención,—replicó Shakespeare sonriendo.—La explicación será un poco fría. Os propongo desenvolver, no restringir, colocaros en la luz, en el calor, porque un rayo, un bello verso, un noble espectáculo hacen correr estremecimientos sobre las vértebras. Sabed que en mi viaje busco con insistencia los temperamentos. Es cosa capital saber que *fulano* es grueso, robusto y sanguíneo; *mengano*, flaco, anémico, y *perencejo*, descolorido ó hinchado. Eso constituye el personaje y da precio al gesto, á la actitud y al crimen. No ignoráis que una barba puede representar en el teatro de la vida el papel capital; ser tirada en señal de desprecio, cortarla para debilitarla; puede provocar

un amor fatal, un asco desastroso, una confusión irreparable. Eso es lo accesorio, y alguna vez el nudo de la acción. Piutarco, los cronistas y las leyendas no nos trazan más que esos rasgos característicos y descuidan lo demás. Imitémosles, puesto que ellos imitan al sol.

—Y si es así, ¿por qué os paseáis por el Norte? ¿No os atrae más la Italia?

—¡Oh, la Italia!

Los ojos del poeta brillaron con luces extrañas.

—Es el punto que ha tocado la varilla mágica de mi vida. Inalterable salto de belleza, de esplendor y de heroísmo. Raza de cómicos admirables; por eso no se pierde su fuerza. ¡Raza de sentimientos medio probados, porque la otra mitad sirve al claro orden! Raza calculadora y armónica, de tal modo que cabe en una cinceladura, en la curva de la frente y de las caderas y en una inflexión que canta como un pájaro. ¿Cuándo dormiré entre sus brazos desahogados y flexibles? ¿Cuándo estrecharé sus senos deliciosos? ¿Cuándo me apoderaré de su gozo, comunicándole el mío? Pero en este instante, compañero de azar á quien entreabro mi espíritu, me dirijo hacia mi sangre, á las hijas del Norte cuya piel flexible es salada y que guardan una reticencia en el placer. No tenemos necesidad alguna de tocarnos para lograr la dicha, porque las miradas que se mezclan cambian éxtasis cada vez más sutiles y que no se sacian nunca. Llevo en mí una idea central que es la imagen de una parte de mí mismo, en donde muchos hombres, por consiguiente, podrán mirarse. Pero ¡ah! temo que la Italia no puede convenirme.

William, que observaba al estudiante, atento y febril, notó que algo nuevo temblaba en aquel cerebro, y se sintió dichoso, porque forjar un espíritu es una alegría enorme.

—Antes de separarnos—gritó el joven discípulo—confiadme una forma útil y rara, algún secreto que estudiaré sólo y del cual pueda alimentarme en los días amargos.

—Pues oíd los cinco preceptos que yo mismo he esculpido á fin de tenerlos siempre á la mano.

Y contando con los dedos, los enumeró:

«Mirarlo todo como si no hubiese uno nunca mirado.» «Es-

tudiarle todo, en medio del entusiasmo.» «Pasar ante las mujeres y el recuerdo; detenerse ante las flores y los niños y hablar con los vagabundos.» «Sentarse largo tiempo en el camino del ensueño.» «Cuando se despliega el alma, alinear en este orden los elementos: las lágrimas, la risa y el estremecimiento. No tocar nunca á la parte profunda.»

Pocas horas después de esta conversación salía Shakespeare de la ciudad en el coche de un buen aldeano que el estudiante había descubierto y que volvía á su casa, al Norte de la Holanda, después de cobrar en Leyde una corta herencia. Aquel hombre era de una edad indecisa y su redonda cara barbuda expresaba á la vez el gozo y la desconfianza. Llevaba un gorro de marinero, enormes polainas de cuero, calzones anchos y holgados y una espesa camiseta de lana azul. Hablaba una jerga rara, mezclada de alemán. La conversación comenzó pensosamente. Pero el poeta creó bien pronto para su uso una especie de glosario formado de las palabras indispensables y hallaba á esta lengua extraña un sabor raro.

Atravesaron los barrios bajos, que estaban llenos de una multitud alegre. Se organizaban bailes. Mozos y mozas cantaban y refán, celebrando la fiesta de los paños. Entre ellos circulaban los guardias cívicos más graves, las gentes de las corporaciones agrupadas en torno de sus banderas, y señores vestidos con ricos trajes. Algunas barcas empavesadas se deslizaban por los canales. La voz cristalina de las campanas cedía á los pífanos y tambores. En las ventanas de las casas rojas las familias, asomadas, aplaudían.

El aldeano estaba maravillado. No había imaginado magnificencia semejante. Moderó el andar de su caballo y abriendo mucho los ojos, murmuró:

—Pero, entonces... Pero, entonces....

—Nunca habeis venido á Leyde?

—Nunca, nunca.

—¿Hermoso, eh?

—Sí.

—Nunca habeis ido á otra ciudad?

—Nunca.

No había salido de su aldea, sobre la cual Shakespeare no pudo obtener ningún dato, á no ser el de que estaba situada cerca del mar, y que los pájaros, por bandadas innumerables, ponían sus huevos en los alrededores. Apenas se conocía el nombre de su raza, y toda alusión á las guerras con los Españoles, provocaba sobre su espesa cara una maliciosa sonrisa de incredulidad.

—¿Sabéis que se habían ido de Holanda?

—No.

—¿Habeis visto algunos?

—No.

Esta ignorancia profunda de un sér que no veía más allá de sus narices y esa estupidez socarrona divertían á Shakespeare. Fué lejos en el interrogatorio y su compañero apareció ante sus ojos como habitante de otro planeta. En fin, después de un gran silencio, hizo una pregunta suprema:

—Y á Guillermo el Taciturno, Guillermo de Orange?

El aldeano cambió de cara. Movi6 la cabeza. Una mueca terrífica probó que un sentimiento correspondía á esas palabras.

—¡Oh, terrible, terrible! ¡Oh!

Alzó un brazo—en el otro llevaba las guías—y lo dejó caer pesadamente. William se conmovió:

—La muerte de los reyes, de las personas sagradas, es la eterna tragedia. A unas cuantas millas de Roma, raíces en marcha, semejantes á esta, vivían aparte de las grandes luchas políticas y solo se alimentaban del rincón de tierra donde las había arrojado la casualidad. Lo largo de un arroyo les hacía ignorar lo que la distancia de los siglos me ha permitido saber. Pero supieron la muerte de César, y en las almas más incultas, más borrosas, penetró la noticia, helándoles de terror. El que mató á Guillermo de Orange, los que apuñalaron á Dios, tuvieron una celebridad maldita. Toda gloria surgió sobre las ruinas más altas.

Entre los numerosos molinos que manchaban la limpidez del cielo, uno más grande que los otros, sorprendió de lejos á Shakespeare. Se dirigió á su compañero y señalándolo:

—¿Qué es eso?—dijo.

—No se le sé.

Al acercarse al molino, las alas raras se hicieron más incomprendibles todavía, como si hubiesen sido envueltas en compactas masas de estopas. De pronto comprendieron que esas masas informes eran cuerpos humanos, atados sólidamente y arrastrados por una locura giratoria. El aldeano estaba lívido de espanto. El caballo, oliendo algo de anormal, galepó, y los viajeros, arrastrados como en una pesadilla, á toda rapidez, distinguieron los robustos cadáveres rotatorios que por la movilidad de su sepultura, tomaban todas las posiciones posibles. El cielo y la tierra jugaban con ellos á la pelota. Miembros enormes y pies torcidos, alrededor de las cuales volteaban miles de aves, acechando esas presas inasequibles. Una lluvia de gotitas de sangre caía de sus caras ennegrecidas, de sus ojos desorbitados y rejos. El rechinar de los ejes sobrecargados, los crujidos de la tela sobre las alas, los chillidos de las aves rapaces, eran su fúnebre melodía.

—Atroz ¿verdad?

—¡Oh, sí!

El hombre, con su mano libre, se veló la cara. William contempló durante largo tiempo aquel suplicio solitario y sombrío virar bajo el cielo pálido en donde corrían nubes:

—Y las religiones han inventado el infierno! ¿Pero de qué torturas que no hayan sido desfloradas aquí abajo lo poblarán?

Cuando hubieron costeadado un mar indefinido, tranquilo, sin barcos, deslumbrante cuando aparecía el sol, gris durante su ausencia y semejante á una dehesa líquida, llegaron á Harlem al obscurecer. Shakespeare se despidió allí de su compañero.

Después de una noche de bebidas y aventuras guerreras, entre los Mendigos y los guardias cívicos cuyas hazafías alababan todos, el joven se asomó á la ventana de su hostería, que daba frente á una iglesia grandiosa. Saboreaba la apacibilidad de la noche, las formas grises de ese pueblo de piedras, algunas ventanas iluminadas por las calles.

—Aquí han tenido lugar tantos asesinatos, tantos episodios heroicos. Las mujeres mismas combatían; oigo aún sus gritos agudos; veo sus caras encarnizadas y sus siluetas furiosas. Actos de obscura abnegación, de traición, de rabia y de perversidad, soplos mezclados, balas, cuchillos, incendios, seres ahogados, amor aliado también sobre cadáveres, exaltado por su olor y rehaciendo la raza á medida que se la destruía. ¿Quién ha preparado para la Holanda todo ese ardor patriótico? ¿Sucediendo á la sacudida de los músculos, será la de los espíritus y los corazones, y los hombres desenvolverán las imágenes vehementes de su juventud, ó bien las generaciones fatigadas se abotagaran en ese escepticismo que me alababa el estudiante? Pero sus miradas desmentían su lenguaje. Estaban ebrias de intelecto. El vasto grito de odio y de venganza que resuena á través de esas llanuras fecundas, va quizás á despertar el gran cuerpo del Arte sublime. Se estirará, se alzarán, caminará hacia la luz con todo su aire altanero. Porque las pasiones son madres de belleza. Del dolor nace el entusiasmo. Cada llaga, cada desgarradura es una puerta donde se apoltona la multitud de las sensaciones. Las más fuertes pasan primero. En seguida llegan las más refinadas. Hijo del guerrero moribundo, tu padre te tiende sus armas. "Transforma — te dice — y lucha con la idea. Que mi cólera te anime. Que mi valor envuelva en una nube la confusión de ese nuevo combate. Cuando el hombre saltaba desnudo á través de la naturaleza y se alimentaba de frutos salvajes; cuando el peligro era su atmósfera perpetua, maduraba sin duda admirables sueños. Una sangre regia corría por sus venas. Hoy ese poder está restringido por la necesidad de formar grupos y de someterse á costumbres. Pero renace, en el trastorno de los pueblos. Está seguro de no tener ni pensamiento vil ni gesto estrecho quien ve la muerte pintada sobre los canales, los campos y, los molinos, quien percibe el olor de la pira, quien escucha la aproximación del enemigo, mezclada de risas burlonas y de pifanos. El niño chupa un seno bajo el cuál late la angustia redoblada. La desgracia se cierne alrededor de las palabras que balbuce, y

sus primeros pasitos tropiezan con pantanos color púrpura. Tal es la áspera cuna del poeta.

Al día siguiente, 28 de Agosto, á las doce, estaba Shakespeare en Amsterdam, y preguntaba por la posada de *El Fanal Rojo*.